



DIÓCESIS DE CABIMAS

Mons. Ángel Francisco Caraballo Fermín

OBISPO

HOMILÍA II DOMINGO DE CUARESMA, CICLO B.

25/II/2024.

«Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escúchenlo».

Queridos hermanas y hermanos, en este segundo domingo de Cuaresma, el Evangelio de la Transfiguración del Señor, pone delante de nuestros ojos la gloria de Cristo, que anticipa la resurrección y que anuncia la divinización del hombre.

Siguiendo el ritmo propio de este tiempo penitencial, tomamos conciencia de que somos llevados, como los Apóstoles Pedro, Santiago y Juan, «*aparte, a un monte alto*», para acoger nuevamente en Cristo el don de la gracia de Dios. La voz del Padre Eterno: «*Éste es mi Hijo amado, en quien me complazco; escúchenlo*», resuena en nuestro oído, como quien es invitado a alejarse del ruido de la vida diaria para sumergirse en la presencia de Dios. El Señor quiere transmitirnos, cada día, una palabra que penetra en las profundidades de nuestro corazón, donde se discierne el bien y el mal y se fortalece la voluntad de seguirlo a Él.

La Transfiguración es un acontecimiento de oración: orando, Jesús se sumerge en Dios, se une íntimamente a Él, se adhiere con su voluntad humana a la voluntad de amor del Padre, y así la luz lo invade y aparece visiblemente la verdad de su ser: Él es Dios, Luz de Luz.

La voz del Padre, que resuena desde lo alto, proclama que Jesús es su Hijo predilecto, como en el bautismo en el Jordán, añadiendo: Escúchenlo (Mt 17, 5).

Permítanme centrar la reflexión de este día en la oración. Seguro que conocemos la definición de Santa Teresa de Jesús “*orar, a mi parecer, es tratar de amistad, estando a solas, con quien sabemos nos ama*”. Para que exista verdadera oración, es necesario que exista comunicación, es decir, que uno hable y el otro haga silencio para después poder contestar. Hoy el Señor nos invita a Escuchar la palabra del Hijo amado.

¿Dónde habla Jesús hoy, para que le podamos escuchar?

Nos habla, ante todo, **a través de nuestra conciencia**. Ella es una especie de «repetidora», instalada dentro de nosotros, de la voz misma de Dios. Así lo expresa el Concilio Vaticano II: “la conciencia es el sagrario desde donde habla el mismo Dios”. Pero por sí sola ella no basta. Es fácil hacerle decir lo que nos gusta escuchar. Por ello, necesita ser iluminada y sostenida por el Evangelio y por las enseñanzas de la Iglesia

La Palabra de Dios escrita, especialmente el Evangelio, es el lugar por excelencia en el que Jesús nos habla hoy. Dice San Ambrosio: “*A Dios hablamos cuando rezamos, a Dios escuchamos cuando leemos la Escritura*”. Pero sabemos por experiencia que también las palabras del Evangelio pueden ser interpretadas de maneras distintas. Quién nos asegura una interpretación auténtica es la Iglesia, instituida por Cristo precisamente a tal fin.

De ahí que, siempre que asistimos a la misa, debemos prestar atención a la Palabra, es decir, a la Voz del Señor, que es *“útil para enseñar, para rebatir, para corregir, para educar a fin de que el hombre de Dios –nosotros- sea perfecto en toda obra buena”* (2Tm 3, 16). El Papa Francisco en su exhortación “El Gozo del Evangelio”, invita a todos los bautizados, a ti y a mí, a tener una gran familiaridad con la Palabra. Al respecto, dice nuestro querido Papa: “quien quiera predicar, primero debe estar dispuesto a dejarse conmover por la Palabra y a hacerla carne en su existencia concreta, pues la predicación *“es comunicar a otros lo que uno ha contemplado”* (EG, 120).

La Sabiduría popular dice: *“dime con quién andas y te diré quién eres”*; también podemos afirmar: *“dime que lees y te diré que piensas”*. Si leemos asiduamente la Palabra, poco a poco, nos pareceremos a Él, seremos conformados a Él, tendremos sus mismos sentimientos y pensamientos, y obraremos según su Palabra.

Es decir, hermanas y hermanos, que cuando oramos hablamos con Dios, cuando leemos su palabra es Él quien nos habla. En este tiempo de Cuaresma hemos de leer con más frecuencia la Sagrada Escritura. No debemos justificarnos: no tengo tiempo, tengo mucho trabajo, no la entiendo, me aburro. Es el libro que nos indica el camino que hemos de recorrer para alcanzar la salvación, la felicidad plena, estar en su presencia por toda la eternidad. No nos vaya a suceder lo que le pasó a un padre de familia moribundo. Mandó llamar a la esposa y a sus hijos y les dijo: *“traigan un papel y escriban el epitafio que van a grabar sobre mi tumba”*. Ah papá, le dijeron los hijos ¡mejor no pensemos todavía en eso! Si, respondió el enfermo. Quiero que mi epitafio les recuerde a ustedes algo que no le debería suceder a ninguno a la hora de la muerte. Dirá así mi epitafio: *“Aquí está sepultado un cristiano que murió sin leer el libro que lo iba a salvar: la Santa Biblia”*. Y se echó a llorar. Ya era demasiado tarde.

Lamentablemente, muchos católicos, de escasa información religiosa y por estar a la moda, **quieren escuchar a Dios a través de los magos, los psíquicos, los horóscopos, los adivinos o mensajes de extraterrestres**, pecando gravemente contra la fe, enriqueciendo a esos embaucadores y creándose problemas de conciencia. Dios, que no puede engañarse ni puede engañarnos, nos dice: *«No ha de haber en ti nadie que haga pasar a su hijo o a su hija por el fuego, que practique adivinación, astrología, hechicería o magia, ningún encantador ni consultor de espectros o adivinos, ni evocador de muertos. Porque todo el que hace estas cosas es una abominación para Yahvé tu Dios»* (Dt 18,10-12).

Jesús nos **habla hoy, a través del hermano**, especialmente del más necesitado, del excluido, del explotado. Él nos dice, en el pobre, *“tengo sed”, “tengo hambre”, “estoy enfermo”, “necesito que me escuches”*. *“A veces –nos dice el papa Francisco-, sentimos la tentación de ser cristianos manteniendo una prudente distancia de las llagas del Señor –de los pobres-. Pero Jesús quiere que toquemos la miseria humana, que toquemos la carne sufriente de los demás. Espera que renunciemos a buscar esos cobertizos personales o comunitarios, que nos permiten mantenernos a distancia del nudo de la tormenta humana, para que aceptemos de*

verdad entrar en contacto con la existencia concreta de los otros y conozcamos la fuerza de la ternura” (EG, 270). Nuevamente el Señor nos pregunta: ¿Dónde está tu hermano? (Gén 4, 9). Ojalá que, al escuchar esa voz, no nos tapemos los oídos ni endurezcamos el corazón.

Sabemos, hermanas y hermanos, que Dios, en su Hijo Jesucristo, nos dijo todo lo que tenía que decirnos. Por eso, cuando le pedimos al Señor nuevas revelaciones, respuestas a nuestras dudas, nos repite las palabras que pronunció en el Tabor: “Escúchenlo”. Lean el Evangelio, ahí encontrarán todo lo que buscan, léanlo con fe porque son palabras de salvación para el alma.

Que la Virgen del Rosario que *“reflexionaba todo y lo guardaba en su corazón”*, nos ayude a escuchar la voz del Padre y de los pobres. Amén.

† *Ángel Francisco Caraballo Fermin*
† Ángel Francisco Caraballo Fermin
Obispo de Cabimas



Prot. 2024/049